

MANUEL
DORADO

EL EFECTO
MIDAS



Desde sus orígenes, el hombre ha fantaseado con la idea de poseer la lámpara del genio para que le conceda tres deseos. Y ¿por qué solo tres? ¿Por qué no un millón? Infinitos. ¿Qué ocurriría si alguien pudiese convertir todos sus deseos en realidad? Tendría un poder total. Sería Dios. ¿Está el hombre capacitado para gestionar un poder infinito? ¿Está la psique humana concebida para gestionar el poder de un dios? «El destino puede seguir dos caminos para causar nuestra ruina: rehusarnos el cumplimiento de nuestros deseos y cumplirlos plenamente». Henry Frédéric Amiel, *Diario íntimo*. Miguel Le Fablec, un joven profesor universitario, parece tener el poder de convertir en realidad todo lo que imagina; es el denominado Efecto Midas. Inconsciente de su poder, es vigilado por centros de investigación que lo involucran en intrigas internacionales y operaciones de servicios secretos que sobrepasan su propia capacidad de reacción. Todos lo quieren controlar y utilizar. Pero ¿cómo se controla un poder así?

EL EFECTO MIDAS

Manuel Dorado

Para Mario y Pablo

*«El destino puede seguir dos caminos para
causar nuestra ruina: rehusarnos el
cumplimiento de nuestros deseos y cumplirlos
plenamente».*
Henry Frédéric Amiel, *Diario íntimo*.

*«Cuando los dioses quieren castigarnos,
atienden nuestras plegarias».*
Oscar Wilde, *Un marido ideal*.

PARTE I - LA CAPTACIÓN

CAPÍTULO 1

A nadie le duele el centro de la cabeza. Los neurólogos se lo habían dicho muchas veces a Miguel. Pero ahí estaba otra vez ese zumbido, como un pellizco continuo, entre dulzón y eléctrico, en algún punto interior del cerebro. Su padre no era neurólogo, pero sí uno de los mejores médicos de Sevilla: el doctor Benoît Le Fablec, un francés casi sevillano. Siempre había cola en su consulta. Miguel recordaba muy bien, cuando era niño, la sala de espera de su padre, llena de pacientes y él metiéndose entre las piernas de las mujeres para «ver a mi papá». Y cada vez salía de la consulta con el mismo diagnóstico: «El centro de la cabeza no duele, Miguel». Después, durante años, los mejores especialistas, amigos de su padre, en España, en Francia, con sus batas blancas y la nariz alzada le decían: «Ce n'est pas possible» o «Caballerete, ¿no será una excusa para no ir al colegio?».

Pero a Miguel sí le dolía. Y ahora, después de tantos años, apoyado en la barra de la cafetería de la universidad, pensó que le dolía más que nunca. Imaginó que sería por los preparativos del viaje, la despedida, todo eso; o por no haber desayunado, quizás.

Pidió un café. Los estudiantes abarrotaban la cantina de la escuela de ingeniería. Hacían mucho ruido. «Mis alumnos siempre hablan demasiado», pensó. Pero el bullicio parecía no agravar la migraña. En el fondo, tenía que reconocer que le gustaban su jaqueca imposible, única, y el ruido de la cantina.

–El café –dijo el camarero poniendo una taza frente a Miguel–. Con leche templada, como siempre. Me han dicho que nos dejas.

–Estados Unidos. Voy a probar un par de años. Toma, cóbrate.

–Allí sí que hacen bien las cosas. América. Lo normal: más pasta. Si aquí no pagan bien, pues te tienes que ir allí. Es la fuga de cerebros.

«Mi cerebro no valdrá gran cosa si sigue doliéndome así», se dijo Miguel cuando el camarero se volvió para guardar el dinero en la caja. Se quedó observándolo. No merecía la pena intentar convencerlo de que él no iba a cobrar mucha más pasta en California que en su puesto actual en la Universidad de Granada. Se iba porque le apetecía volver a la investigación aeroespacial. Volver a su especialidad. Bueno, y por vivir en un sitio nuevo. Calles distintas, voces diferentes. Una pequeña aventura en su vida rutinaria de profesor de universidad. Una aventura en la que se hubiese embarcado mucho antes de no haber estado con Ana. Tomó un sorbo y el vapor denso del café entró por su nariz hasta diluirse en el dolor de cabeza.

En ese momento la vio aparecer en la puerta de la cafetería. Ana.

Miguel se atragantó. Tosió, se giró para dejar la taza y la miró de nuevo. Pero cómo era posible: era ella. La cabeza le dio otro pinchazo. Miguel entornó los ojos para mitigar el dolor, aunque aquel gesto no alivió nada.

«Nadie tiene este dolor de cabeza y a nadie le pasan estas cosas», se dijo.

Ana vestía tal como la había imaginado. Había vivido tres años con ella, no era extraño que conociese toda su ropa, pensó, pero él la había imaginado exactamente así. Todo exacto. Sus vaqueros blancos ceñidos y su jersey blanco, de marca, muy ceñido también sobre la camisa rosa; con el pelo negro y liso suelto como a él le gustaba; con su maquillaje caro, la piel impecable, brillante, de pa-

pel cuché. Parecía que hubiera venido caracterizada para representar la escena que él deseaba ver. Una escena que había imaginado y repasado muchas veces desde que ella le dejara, hacía poco más de un mes: Ana viniendo a suplicarle que volvieran. Y él rechazándola, en un acto triunfal, público.

Ana pareció verle y se dirigió hacia él en línea recta, cruzando en diagonal la cafetería. Su cuerpo menudo caminaba decidido, como si pensara llevarse por delante a cualquiera que se interpusiese en su camino. Sonreía.

«No hay nada por lo que sonreír», pensó Miguel. Cogió la taza de nuevo.

El olor a Chanel llegó a la barra dos pasos antes que Ana. Ella sonrió mucho más al detenerse frente a él y dijo:

–¿El segundo café de la mañana?, ¿el tercero? No cambiamos, ¿eh?

–Ya me iba.

–Te veo muy bien...

–Tengo prisa.

La sonrisa de Ana se esfumó como si fuera de arena y acabasen de soplarle en la cara.

–Te acompaño –dijo ella–. Quiero hablar contigo. –Su voz apenas se oía ahora.

Miguel pensó que si aquello iba a ser tal como lo había soñado, tendrían que hablar allí, en la barra de la cantina, rodeados de estudiantes despeinados y ruidosos.

–Tengo prisa –repitió Miguel.

Ana apretó los labios, miró hacia atrás, hacia la puerta, como si pensara irse, y respiró con fuerza. Su tórax subió y Miguel se fijó en su escote. El jersey blanco y la camisa rosa dejaban ver poco, pero sí la terminación del canal entre sus pechos y una sugerencia mínima de su redondez. Eran unos pechos pequeños, redondos y suaves como bolas de árbol de Navidad.

«Sí, exactamente como me gustan», pensó Miguel.

Ana se giró de nuevo hacia él y bajó la cabeza.

–No te vayas a Estados Unidos –dijo, en un susurro–. Quédate. –Tragó saliva–. Quiero que volvamos. Yo... te quiero.

Miguel sintió otra punzada en el centro del cerebro. «Ahora empezará a llorar».

–No –dijo Miguel.

Entonces, el maquillaje caro de Ana empezó a desplazarse, oscuro, fluido, bajando por las mejillas. Era exactamente así como él lo había visto en sus fantasías: lágrimas manchadas de negro como la tinta aguada. Miguel pensó que no era correcto recrearse con aquellos reguerillos oscuros, pero se sentía tan bien viviendo su sueño que decidió que no lo podía detener.

–Pero yo... –intentó explicarse Ana. Levantó un poco la cabeza y buscó los ojos de Miguel.

Algunos estudiantes la empezaban a mirar. Unos arrugaban el gesto y otros sonreían y daban codazos para avisar a los que aún no se habían percatado. Ella debió de sentirse observada y volvió a hundir la cabeza. Se limpió la cara con un pañuelo que se ennegreció al momento. Toda vestida de blanco y rosa, inmaculada, manoseaba el pañuelo tiznado, su cara manchada. Los estudiantes cuchicheaban, divertidos. Demasiado público, quizás. Miguel sabía que no estaba bien hacerlo allí: demasiado humillante; pero lo había imaginado así. Sentía el triunfo. La cabeza le dolía ahora de una forma continua, era como una vibración suave dentro del cráneo; tan agradable, tan dulce. Recordó su gesto final, el que había imaginado: simbólico y dramático.

–Ana. –Miguel llamó su atención con voz grave, bien modulada.

Ella levantó los ojos sin mover la cabeza, lo justo para mirarle desde abajo. Miguel se concentró en su rímel corrido; se echó hacia atrás el pelo que le tapaba un poco los ojos; bebió un sorbo de café sin perder su mirada, y repitió:

—No. —Acompañó la negativa con un movimiento horizontal de su mano derecha. Un gesto como de emperador romano impartiendo justicia.

El labio de Ana tembló varias veces. Después, bajó del todo la mirada. Se giró y salió a más velocidad de la que había entrado, con pasos cortos y rápidos y la vista clavada en el suelo. Tropezaba con los estudiantes como si ahora todos fuesen un obstáculo para ella.

En unos segundos, el cuerpo menudo de Ana, sus curvas y los regueros de tinta aguada desaparecieron de la cafetería. Y el dolor de cabeza se fue también. Miguel se dio cuenta de que solo le quedaba ya un mareo leve, como otras veces. Nada más. Un poco de vértigo y la victoria por fin.

Al girarse para dejar el café en la barra, Miguel vio que un muchacho apartaba repentinamente la mirada de él. Era alumno suyo. Debía de haberle visto deshacerse de Ana, decirle que no, gesticular. Bajó la vista hasta su taza. Terminó el café de un trago. Quizás se hubiese excedido, se dijo, era inútil volver con Ana, no quería hacerlo, ella no se había portado muy bien con él, nunca, y quizás mereciese un buen escarmiento, el rechazo; pero disfrutar con el maquillaje aguado sobre las mejillas... No, él no era así.

Empezó a caminar hacia la salida. Se sentía observado y aceleró el paso. «La escena —se dijo— tenía algo extraño». O quizás solo veía rarezas para limpiarse la culpa. No, él había notado un palpito... ¿cómo explicarlo?, ¿sobrenatural? Todo había ocurrido exactamente como él lo había imaginado. Ana había seguido el guion de su fantasía sin desviarse nada. ¡Nada! Y Ana no se comportaba así, era mucho más orgullosa. Lo normal hubiese sido que se girara con ímpetu y se marchara con la barbilla bien alta y una nube de Chanel tras ella en cuanto le dijo que no iban a hablar en privado. No tenía sentido lo que había hecho.

En ese momento salió de la cafetería y de las miradas de los estudiantes. Se detuvo en el pasillo. Lo que acaba-

ba de hacer no era como para sentirse orgulloso, pero tampoco tenía la culpa de haberlo imaginado. La imaginación era así de caprichosa, pensó. Y aquello..., en fin, solo era un golpe de suerte que había hecho coincidir la realidad con su imaginación. Nada más.

* * *

«Un midas puede convertir su imaginación en realidad», pensaba Vladimir Gorlov.

Sentado a la mesa de su despacho, desenroscaba un bolígrafo de plástico, lo desmontaba y lo volvía a armar, con parsimonia, como si estudiase sus mecanismos.

«Podría crear tormentas, rayos, mareas... –Metió el muelle dentro del bolígrafo–. Paralizar el vuelo de una mariposa, sacar al planeta de su órbita, volver dulce el agua del mar, resucitar ejércitos, la miel de color azul, destruir el universo... Convertir cosas en oro. Un midas».

«Midas», se repitió Gorlov, y colocó el bolígrafo, una vez montado, junto a su cuaderno. «Un midas podría hacer que un día todas las vacas fueran verdes y amarillas. Y que volasen».

Volvió a coger el bolígrafo, como con ansia por manosearlo de nuevo. El ejemplo estúpido de las vacas era lo mejor que venía a su cabeza cuando intentaba explicar lo que era un midas. Un dios. Esa era mejor forma de resumirlo. Aunque estaba a punto de demostrar que un midas no era omnipotente. Había algo que no podría hacer.

«No puede destruir su propia capacidad –pensó–. La Paradoja Midas: el sujeto midas puede hacer cualquier cosa que imagine, pero no puede destruir su capacidad».

Pero ¿cómo expresarlo? Tenía que describir aquella paradoja con palabras técnicas. No las encontraba. O quizás no quisiese encontrarlas. Contempló su mano huesuda sobre la cuadrícula del papel. Aquella mano llena de arrugas

había registrado en cuadernos como ese más de cincuenta años de investigaciones. Y ahora parecía resistirse a seguir haciéndolo. Empezó a mover el bolígrafo con una caligrafía forzada, lenta:

Anotación 1067: La Paradoja Midas.

El sistema de ecuaciones que maximiza el Efecto Midas podría no tener solución. Esto puede implicar que el sujeto midas, si existiese, no sería capaz de eliminar su capacidad una vez experimentada...

Gorlov llenó una página y media con palabras que pretendían aclarar las implicaciones de la paradoja. Después de escribir su última conclusión, se detuvo y leyó:

El sujeto midas está condenado por su propio poder.

«Demasiado melodramático», se dijo, y tachó la frase con una línea negra y profunda.

Se quitó sus gafas rusas, las únicas con las que estaba convencido de poder ver bien y que habían venido con él desde los años de Leningrado. Limpió los cristales con un pañuelo y después la pasta negra de su montura. Volvió a ponérselas como si las incrustase en un espacio reservado para ellas en su rostro y releyó la última anotación tachada: «Condenado por su propio poder».

Un cuaderno de notas científicas no debía contener ese tipo de frases sensacionalistas. Aunque en el fondo él se sentía así: sensacionalista, o, más bien: inquieto, lleno de excitación, como un universitario brillante y mal peinado exponiendo su tesis final. Solo venían a su cabeza estupideces como esa frase y la de las vacas verdes y amarillas. Frases que se colaban como niños traviesos en sus cuadernos.

«Cualquiera se sentiría inquieto si encontrase lo que ha buscado durante toda su vida», se dijo. Ahora estaban a punto de captar a un midas, por supuesto. Parecía, al menos, que por fin lo habían encontrado. Solo una vez antes habían creído estar tan cerca. Pero ella falló.

Gorlov no quiso imaginar lo que sería volver a fracasar. Él, con toda probabilidad, no viviría el tiempo suficiente para encontrar otro candidato. Dejó de mirar las hojas cuadriculadas del cuaderno y se recostó sobre el respaldo ancho de la silla. Contempló los haces de sol, madrugadores como él, que entraban en su despacho. Bandas oblicuas sobre las paredes de color ocre. California le había acogido, le había permitido casi terminar su investigación, la que había empezado en la vieja Unión Soviética. Añoraba su tierra, era cierto –como cualquiera en su sano juicio, suponía–, pero detestaba el frío. El frío ruso que le helaba los nudillos incluso bajo los guantes. Tiritó al recordarlo. Ahí, sin embargo, en aquel despacho en el ala sur de su edificio en la NASA, siempre hacía calor.

Pero el deber era frío. El deber.

Recuperó de sus años en el KGB la disciplina soviética, militar, y consiguió volver la vista al cuaderno. Cambió el bolígrafo negro de las explicaciones por uno azul. «Tinta azul para la notación matemática», se dijo, y empezó a escribir el sistema de ecuaciones, todavía incompleto, que pretendía dar sentido a la paradoja. Al terminar las fórmulas, anotó la fecha. Se quedó observándola un momento, serio, tras las gafas cuadradas. 1 de abril.

«Hace casi un año que lo encontramos».

Recordó que el mismo día en que empezaba a trabajar en esas ecuaciones, Eugene Barrett había aparecido en el despacho con su sonrisa de ratón y le había anunciado que habían localizado a un supuesto midas. En España. El bueno de Eugene, tan inoportuno como su sonrisa.

Observó de reojo las ecuaciones azules de la paradoja, entre sus dedos. Los movió, pero eran demasiado delga-

dos para tapar las fórmulas. La paradoja era un problema que no se podía esquivar. Incluso había pensado en posponer la captación. Un midas era algo demasiado peligroso, demasiado poder para un hombre. Y ahora sus fórmulas azules decían algo más: empezaban a demostrar que *activar a un midas* era un proceso irreversible.

Cerró el cuaderno de notas. Nada más que explicar. Volvió la vista a las bandas diagonales de sol en la pared; una de ellas tocaba ahora el cristal en el que estaba enmarcada la tabla periódica de los elementos que había traído desde Rusia. Prácticamente, solo había traído de allí sus cuadernos y esa tabla. Irina, sus recuerdos, el pasado, todo lo demás se había quedado en el frío. El sol producía un destello en el borde del cristal, no le dejaba ver bien. El midas le deslumbraba, le atraía, pero no le dejaba abrir los ojos del todo. Ese mismo sol que entraba por la ventana que había a su espalda le rozaba la nuca. Sintió un escalofrío mínimo, de placer. Tenía que ser correcto lo que estaba haciendo, si no, toda su vida sacrificada para...

Entonces sonó el teléfono de su mesa y Gorlov sintió que el timbrado lo arrancaba de sus pensamientos, del sol de California, y lo devolvía de una patada a su despacho frío y húmedo de Leningrado. Vio en la pantalla del teléfono que quién llamaba era una de sus secretarias. Descolgó:

—¿Karen? —dijo.

—Profesor Gorlov —sonó la voz templada de Karen en el auricular—, el doctor Barrett le espera en el sótano. Me ha dicho que se lo recuerde.

—Gracias, Karen.

Gorlov colgó. Metió el cuaderno en su maletín. Tenía que bajar a los niveles de alta seguridad. Era allí donde debería estar aquel cuaderno y de donde no deberían salir ni sus notas ni los documentos que ahora estaban desparramados sobre la mesa. Los amontonó todos como barriéndolos. Los americanos, se dijo, eran demasiado la-